

# Nuestra Señora de la Merced, iglesia de los Mercedarios burgaleses



Con ocasión de la realización de las recientes y logradísimas obras de restauración, llevadas a término feliz, en el grandioso templo que fue, en lo antiguo Monasterio de monjes Mercedarios, y en la actualidad, Residencia de PP. Jesuítas, en esta capital, nuestros ilustres compañeros de Academia Sres. López Mata y Osaba y Ruíz de Erenchun, publicaron, en el correr de los meses de noviembre y diciembre, próximos pasados, en las columnas de nuestro querido colega local, «Diario de Burgos», unos interesantísimos y muy documentados artículos, que por su maestría expositiva y contenido histórico-documental, creemos conveniente darles acogida en las páginas de nuestro Boletín.

Dicen así dichos meritorios trabajos:

La restauración de la iglesia de la Merced, franqueada en días a la espiritualidad burgalesa, ha sido ampliamente considerada en «Diario de Burgos» por la penetrante sensibilidad de Basilio Osaba, prestigioso director del Museo Arqueológico de Burgos, con observaciones y juicios que subrayan, benévolamente, ciertos aspectos restauratorios en la esplendente armonía del templo burgalés, revestido a principios del siglo XVI con las modalidades propias de los últimos días del estilo gótico.

A salvo el acatamiento debido a las trayectorias estéticas, reservamos nuestra intervención a los antecedentes históricos que al esclarecer, en

parte, el proceso constructivo de la iglesia, aluden a la personalidad de sus fundadores asomados al ambiente burgalés del siglo XVI.

De muy antiguo, la Redención de Cautivos, en sus afanes de consolación, encendía el sentimiento medieval de caridad cristiana, palpitante en las viejas capillas y casas burgalesas de la Trinidad y de la Merced. La primera, surgida por la presencia en Burgos de San Juan de Mata fundador de la Orden en los días de Alfonso VIII el de las Navas, y la segunda, acogida, no muchos años después, a la Orden de San Pedro Nolasco y Ramón de Peñaford, creada al amparo de Jaime I de Aragón (siglo XIII).

A través de la lejanía del tiempo, intentamos alcanzar el primitivo establecimiento de los Mercedarios burgaleses, y sin tener en cuenta el paso de San Pedro Nolasco por el hospital de San Lázaro del barrio de San Pedro, evocado tardíamente en la incertidumbre de un viaje poco autorizado, no podemos llevar su existencia más allá de fines del siglo XIV, apoyados en el testamento del regidor burgalés Juan Sánchez de Perella, devoto de la orden de la Merced, a la que dejó en el año 1395 cien maravedís «para ayuda de la obra que fazen en la iglesia...»

La orden se localizaba por entonces en las barriadas altas del Casrillo y Judería, comprobada, en la venta de unas casas del año 1413, entre el judío Yusuí bien Veniste y Alvar García de Santa María, regidor de Burgos, situadas en la calle Mayor de la Villa Nueva de la Judería (emplazada aproximadamente sobre el viejo cementerio, hoy Seminario), casas que lindaban por una parte con la «Capilla de Santa Catelina en que agora estan los freyres de Santa María de la Mercet...»

El acento devocional hacia la Capilla de los Mercedarios se repetía en las mandas testamentarias de burgaleses de pro, como el alcalde Mayor Padre Díaz de Arceo, el disponer en 1455 la liberación de doce cautivos de tierra de moros, seis de ellos reservados a la Santa Trinidad e los otros seis a Santa María de la Merced».

El testamento no daba la situación de la Capilla o Monasterio de la Merced, y no sabemos si por entonces había descendido desde el cerro del Castillo a la vega del Arlanzón, como dicen cronistas burgaleses apoyados en supuestas preferencias del gran Obispo de Burgos Alonso de Cartagena.

La incómoda vecindad del Castillo, aun antes del sitio de la fortaleza, e incendio de la calle de las Armas en 1475, invitaba a huir de semejantes asperezas y peligros, de conformidad con la opinión del Cabildo Catedral, muy generalizada en 1471 al tratar de la Villa Nueva, más disminuída que acrecentada al paso de los años «barrio que non era para labrar e gastar dineros».

En 1475 vemos establecido el monasterio de la Merced en el arrabal de Vega, sobre un solar cedido por la iglesia de San Esteban, mediante un censo anual y propietario de unas casas de Pedro García Salón, deslindados del camino real y del cauce que iba a las Huelgas; otras precisiones del año 1518 señalaban la calleja denominada el Tinte, a las traseras del Monasterio.

Sobre el emplazamiento actual se levantó la iglesia de la Merced a costa de los desvelos de don Francisco del Castillo y de doña Leonor de Pesquera, vecinos de Burgos. El testamento de estos señores, redactado en 1519, dispone su enterramiento delante del altar mayor, en medio de la capilla principal del monasterio de Santa María de la Merced extramuros de la ciudad de Burgos «...el qual nosotros hemos hecho, fundado, labrado y dotado, en obra encomendada a los maestros de cantería Domingo y Pedro de Villarreal, la cual estaba a punto de finalizarse en 1519, estimulada por el apremio de los fundadores, (por quanto se lo tenemos todo pagado...».

Estos maestros canteros, Pedro y Domingo Villarreal, llevaban paralelamente esta obra con la de la capilla mayor de la iglesia de San Román (destruída en la guerra de la Independencia) ejecutada entre los años 1517-1520.

Las disposiciones testamentarias, referentes al retablo de la capilla mayor, consignaban que fuera «de media talla como la obra de las puertas de la procesión de la iglesia mayor de Burgos». El sentido estético del matrimonio Castillo-Pesquera se centraba en la admiración general sentida por la ciudad ante la magnificencia de las labores de las puertas del claustro de la Catedral que atribuídas a Gil de Siloe llevan estampadas las armas del obispo Acuña, muerto en 1495.

El rango suntuoso de la fundación monasterial exigía fuertes inversiones que la opulenta familia de los Pesqueras debía aportar y que con holgura aportó. Sin sucesión directa de los fundadores, pasó el patronato a don Andrés de Pesquera (hermano de doña Leonor) cónsul de la Universidad de Mercaderes en el año 1513, creador de la Compañía Mercantil de su nombre, prolongada después en la de los Herederos de Andrés de Pesquera, casado con doña Catalina del Castillo (sobrina del fundador).

Un hijo de estos Alonso del Castillo Pesquera, heredó el patronato, disponía su sepultura en el monasterio en 1551, y nos informa esta comprometido a petición de los frailes, en ochocientos ducados para hacer el retablo mayor. encomendado años antes al famoso escultor Felipe de Biguedny o Vigadny, popular en Burgos —en respetuosas resonancias— con el nombre de Maestre Felipe. A la muerte de éste en 1543, quedaban cuatro historias del retablo ejecutadas por su hijo Gregorio Vigadny Par-

do y que en 1551, tenía en depósito el imaginero Diego Guillén, pendientes de tasación y pago prometido por el patrono Alonso del Castillo.

No creemos llegara a asentarse este retablo iniciado por Vigadny, porque el sucesor de don Alonso en el patronato, su hermano el canónigo Francisco Pesquera, camarero secreto del Papa Paulo III, dio nuevos rumbos y amplitud al proceso fundacional.

Don Francisco se había independizado económicamente de sus hermanos. Uno de ellos, Diego de Pesquera, canónigo como él, fue acuchillado en 1544, cuando recorría por la noche la calle de Tenebregosa alumbrado por el hacha de cera de un criado, por un mercader llamado Alonso de Lerma; un segundo Pedro González de Pesquera, acusaba su presencia en Roma, y un tercero Gregorio de Pesquera, alejado en las Indias con actividades mercaderías, con ellos liquidó sus diferencias por cuestión de intereses escalando una posición económica que le codeaba con lo más granado del grupo mercader de Burgos y que le permitió en 1557 invertir la suma de diez mil ducados en la compra de juros y rentas del señorío del Marqués de Berlanga, don Íñigo de Tovar y Velasco, Condestable de Castilla desde 1559 y a sentirse igualmente acreedor por otros cinco mil de un Caballero de Arévalo.

El canónigo planeaba en 1560 la construcción de una capilla llamada de los Reyes a la mano del Evangelio del altar mayor, destinada a su sepultura, con un altar de la advocación de la Asunción. Mandaba en su testamento al comendador y frailes de la Merced de esta ciudad, para ayuda de la claustra trescientos ducados y dejaba como heredero universal en 1560 a su hermano Antonio Pesquera, residente en Sevilla.

Sus copiosas rentas le habían inducido a establecer una obra pía al socorro de doncellas pobres y honestas dotadas matrimonialmente con treinta ducados y a dar realce minumental a la iglesia monasterial, cuyas abores se veían entorpecidas o paralizadas por inexplicables inacciones que afectaban a la capilla, cuya construcción seguía pendiente en 1569 del parecer del maestro de cantería Cervera y de Juan de Vallejo redactado al parecer en los últimos días del insigne cantero burgalés (Mayo de 1569). Al mismo año corresponde el dictamen del pintor Rueda, sobre el dorado, estofado y pintura del retablo «que se ha de hacer en el monasterio de la Merced...».

Diez años después —1579— se examinaban las diferentes trazas o proyectos sobre el retablo, incluyéndose en él el presentado por Simón de Berrieza «...hombre muy entendido en la obra de este de arquetetura»... que la traza es de la orden del retablo del Condestable de Castilla que está sita en la iglesia mayor metropolitana... que la hizo un gran maestro que se llamaba Diego Siloe...».



El proyecto premiado era obra de Martín de la Hoya «...arquitecto muy perito, que es maestro de las obras de arquetetura de la iglesia mayor metropolitana y de presente está a su cargo el retablo prencipal que se hace en la dicha iglesia mayor...» (retablo del altar mayor de la Catedral).

Al año 1580 corresponde la declaración final (?) sobre la pintura del retablo «...que ahora se hace nueva...» tasada en seiscientos ducados, llevada conjuntamente por los pintores de Burgos Juan de Cea y Constantino de Nápoles, según remate autorizado por el doctor Diego Becerra, corregidor de Burgos.

En este mismo año se tasó en cuatrocientos ochenta ducados la reja de la capilla de Francisco Pesquera, labrada por el rejero francés Leonis de León, vecino de Burgos. No se alude a las calidades estéticas de la reja, ni a los modelos de consagradas excelencias que podía brindar la Catedral, con las soberbias de Cristóbal de Andino, devoto apasionado con su mujer Catalina de Frías de la Merced de Burgos, cuya representación escultórica en actitud orante de los dos esposos atrae, con la expresiva sencillez de sus vestiduras, en un arco sepulcral del siglo XVI en la iglesia de San Cosme.

Poco a poco se apagan los brillos de estas iglesia mercedarias y las memorias parecen sumergirse en el olvido al extirgirse, por las vicisitudes de los tiempos, el aliento que las vivificaba, abierto y desplegado en lagenerosidad de sus evangélicas actividades, hacia la abnegación y el sacrificio.

## TEOFILO LOPEZ MATA